

ro trece, es bien conocida: concurso de grupos aficionados junto a sesiones de profesionales. Esta fórmula es una de las bases de la pervivencia del Festival, e incluso hay años en que el mejor "jazz" se oye en el concurso amateur.

Lo principal de este año ha sido tener que soportar de punta a cabo la indiscriminada bazofia que han suministrado casi sin interrupción las agrupaciones en litigio. Hágase la salvada del trío de Michel Klotchkoff, de Francia, que proporcionó una inesperada suplencia de Bill Evans; de un buen batería británico, evidentemente profesional, y de un conjunto suizo de "jazz" tradicional que por lo menos tenía swing y que se quedó sin premio, para más Inri y por amor de las decisiones corporativas.

Respecto a los profesionales, ya adelanté que Bill Evans necesitó suplencia, aquejado de una súbita enfermedad que se le debe exteriorizar sólo en el País Vasco, pues no le impidió actuar en Antibes. También hubieron de ser sustituidos sus acompañantes, aunque al principio dijeron que acudirían a pesar de todo; Hank Jones, primer suplente contratado, ignoró casi hasta el final que no se podía estar a un tiempo en España y en el Japón. Por fin, la gran estrella del segundo concierto, el esperado McCoy Tyner, se limitó a no hacer acto de presencia, sin aclarar nada más —excuso decir que mucho menos por anticipado—.

La ausencia de McCoy se cargó totalmente la segunda sesión profesional, repartida a medias entre un público con cuerpo de jota y los inicialmente programados como teloneros, un conjunto de suizos que se llaman Shivananda y dicen hacer jazz-rock, en una apoteosis de transculturalidad que indica al menos despierto que lo que él debe hacer a su vez es huir apresuradamente, a la espera de que Suiza se pueble de faquires o las vacas se pongan a filosofar.

Lee Konitz, estrella invitada al concierto de Bill Evans, se quedó de golpe sin nadie que le acompañara. Para colmo se había llamado como refuerzo de última hora a Clark Terry, quien, por consiguiente, se encontró en las mismas. Como una sesión en plan solo de trompeta y saxo puede resultar algo difícil, más si los músicos pertenecen a diferentes estilos y mucho más aún si el saxo es Lee Konitz, se consiguió componer a última hora un trío rítmico, comandado por el nuevamente descubierto Jimmy Rowles. Así, lo que iba a ser un acontecimiento, el tercer concierto profesional, se quedó en una



Sonny Rollins.

simple sesión: eso sí, inesperadamente buena.

The Pasadena Roof Orchestra cumplió el contrato, lo cual de obligación parece que ha pasado a ser mérito. Perfectos profesionales, hicieron, más que música y espectáculo, música **distanciada** por el espectáculo. Es obligado distinguir por ello a la pieza fundamental de la agrupación, John "Pazz" Parry, melifluido y estereotipado proveedor de vocal refrains, a quien los estudiosos de la música "pop" recordarán menos como cantante que como trombonista de la Bonzo Dog Band.

El protagonista del último concierto, Sonny Rollins, respondió a lo que de él se esperaba. Tras mostrarse retraído y afable en las ruedas de prensa previas a su actuación, en ésta se soltó la africana cabellera para colocarnos lo que los críticos taxonomizadores dicen que hace, es decir, **hard bop**, sólo que esta vez casi olvidándose de lo del **bop**; vamos, que estuvo durísimo. Castigó al respetable con una música volcánica y torrencial, en la que intervinieron, por encima de lo aparentado, sus acompañantes, con mención especial para Al Foster, asombroso espécimen de batería en estado salvaje. Hasta la balada de rigor, que vino en tercer lugar, resultó tan robusta y poderosa que admitió una referencia a "Mama Inés". Tras dicha balada, Rollins puso punto final por lo que a él respectaba, y dio suelta a sus muchachos para que se internaran en la corriente tumultuosa y agradecida de los **disco rhythms**, con el apoyo para ellos inesperado de una luminotecnia coloreada y mudadiza que daba al asunto un aspecto todavía más filadelfiano.

Y vamos con los teloneros, pues no puede quedar ninguno sin ser nombrado después de haberlo sido los peores —es decir, los terribles encantadores de serpientes de la Confederación Helvética—. Dejo, pues, constancia de las actuaciones

de los polacos de Crash —que todas las veces tocan lo mismo, pero tienen una sección rítmica granítica, y nos recordaron que cualquiera concurso amateur pasado fue mejor— y Juan Carlos Calderón. Este hizo lo de siempre, y tan aburrido como siempre, pero por lo menos estuvo simpático, dejó lucirse a Wladimiro Bas y soltó sin querer la frase del concierto en que intervino: "Es una pena que no esté aquí el maestro de pianistas, Bill Evans".

Eso mismo dijimos todos. Y muchas más penas hubo en esta edición del Festival de Jazz de San Sebastián. A lo mejor, porque en un primer momento nos las prometimos demasiado felices. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

California y otras añejas hierbas

Aquí estoy frente al segundo lanzamiento de la "Serie Pioneros" de Hispavox, que se presenta nada menos que como "La historia de los que hicieron Historia, una colección para conocer las bases del 'rock'". Lamentablemente, la realidad es bastante más modesta. En estos diez discos hay que señalar las mismas deficiencias que comentábamos a la salida de sus precedentes: atropellos a las portadas originales, escasa imaginación a la hora de la selección de discos inéditos, relanzamiento de discos archiconocidos. Además de aplicar indiscriminadamente el calificativo ese de "pioneros", limitándolo casi exclusivamente a músicos norteamericanos —generalmente, californianos— populares a finales de los años sesenta.

¿Ejemplos específicos de las chapuzas? Por ejemplo, seleccionar "Fillmore east, June 1971" cuando abundan LPs excelentes de los Mothers of Invention totalmente desconocidos en este país. Es éste uno de esos discos que han desintegrado la reputación de Frank Zappa al dejar de lado la música a favor de un humor discutible (y que no será comprendido, me temo). Lo más sustancial es una desquiciada versión del "Willie The Pimp, que desgraciadamente está repartida entre las dos caras.

Tampoco es esencial el pri-

mer LP de Buffalo Springfield. Al menos, considerando que nunca se han editado "Buffalo Springfield Again" o "Last Time Around". En la misma categoría de grabaciones primeras de artistas en busca de equilibrio podemos incluir "What's Shakin'", un disco para coleccionistas donde Elektra reunió una serie de cintas diversas cuya única conexión era el amor de los intérpretes por el "blues" y "rock and roll" urbanos. Los Lovin' Spoonful, la banda de Paul Butterfield, Tom Rush, Al Kooper y Eric Clapton (con Steve Winwood como invitado secreto) desfilan en una divertida exhibición de vicios y virtudes.

El "Four Way Street" de Crosby, Stills, Nash and Young es un aceptable doble en directo al que se ha restituido "Ohio", tema no autorizado por los funcionarios del Ministerio de Información y Turismo cuando apareció por vez primera. La lucha estudiantil, la guerra del Vietnam y otras pesadillas de Richard Nixon eran entonces temas tabú para los oídos españoles, por lo que parece: "Songs for beginners", primer LP en solitario de Graham Nash, no llegó a salir al exigirse la retirada de varias canciones. Bueno, ahora está disponible y suena tan blando, simplón y sincero como en 1971. Más recomendable es el debut de su compañero Neil Young como solista. Aunque no le ayudan los arreglos, Young va desarrollando sus obsesiones: la miseria del amor, el complejo de lobo solitario, el rechazo de la ciudad. Temática en la que coincida —de forma mucho más lacrimosa— James Taylor; al menos, "Sweet baby James" es su disco más tolerable y no se le puede negar el título de "pionero", ya que provocó la entrada en tromba de una horripilante brigada de cantautores introspectivos que casi nos ahogan en sentimentalismo y ñoñería a principios de la presente década. Tendencia desastrosa cuyos efectos llegaron al LP hecho en 1973 durante la reunión de los Byrds originales: música pulcra y bonita, donde cada uno se concentra en sus propias composiciones y la fuerza de la creación en grupo ni se huele.

Lo interesante de estas colecciones son discos como el "The 5000 spirits ort the layers of the onion", de la escocesa Incredible String Band, donde formas folklóricas de todo el mundo se fusionan en un sonido mágico y primordial. O como el "Moondance" del irlandés Van Morrison, obra de apasionada madurez y robusto sonido. Discos que, a pesar del imperdonable retraso, todavía transmiten emoción y frescor. ■ DIEGO A. MANRIQUE.